

## La guerra sanitaria no tendrá lugar (carta de Francia [1])

Solo una de estas dos hipótesis es válida: la actual pandemia Covid-19 es el castigo infligido por los dioses, habida cuenta de nuestros colosales pecados privados. Y la otra sería que esta pandemia tiene sus raíces en la historia social, en las opciones económicas y políticas neoliberales, hegemónicas desde hace ya decenios. Por supuesto, la hipótesis del castigo divino es elemental, primitiva, retardada. Más vale remplazarla por su sucedáneo moderno: la “guerra sanitaria”, especie de guerra santa que sitúa a todos los humanos del mismo lado de la barrera, sin distinción de género, estatus social (excluyendo, evidentemente, los más pobres) o convicción religiosa (solo valen las opciones supuestamente moderadas), dirigentes y dirigidos fusionados en la desgracia, todos solidarios en el seno de su condición humana, en una palabra: *cruzados, caballeros templarios* antes que ciudadanos y ciudadanas. Y, enfrente, un adversario invisible, omnipresente, potente, mortífero, implacable, hipócrita, escondido detrás de un seudónimo para poder deslizarse mejor por doquier.

Toda confusión con una novela de ciencia-ficción no es para nada una simple coincidencia.

Importa ante todo y sobre todo, escamotear qué está pasando realmente hoy en día. Años de pseudo-racionalización financiera, esto es, de economía política de la penuria impuesta a los servicios públicos, servicios de salud en primer lugar, llevan al pan-catástrofe actual y a sus consecuencias imprevisibles. No hay personal de salud suficiente, ni materiales necesarios para tratar con eficacia los enfermos, ni medios de protección para trabajar con serenidad, ni siquiera hay condiciones y recursos para no morir cuando se cuida a los enfermos. No es el neoliberalismo quien ha engendrado el virus. Pero es él, totalmente él, quien vuelve problemático el tratamiento, que lo transforma en epidemia y luego en pandemia planetaria, tan terriblemente costosas en vidas humanas. No ha engendrado el virus, pero sí su circulación.

Como se sabe, numerosas personas y grupos no respetan las consignas, responden de modo agresivo e incluso violento cuando son controlados, frecuentan los parques públicos (ahora cerrados), pasean a lo largo de las playas marítimas (idem), organizan parrilladas (sic), provocando la interpección de la policía y probablemente dentro de poco del ejército. Han dejado de llenar los cines, discotecas y restaurantes simplemente porque están cerrados. Se obstinan en consumir o al menos en almacenar latas de conserva y papel higiénico, por las dudas... Tanto es así, que mucha gente considerada “normal”, consiente el discurso dominante que les remacha todo el tiempo que tal es la verdadera vida.

No por ello acompañarán las catervas burguesas y pequeño-burguesas que han quitado ya las ciudades contaminantes y contaminadas para refugiarse en sus casas de campo protegidas por campanas invisibles y guardias muy visibles. Situación hartamente compleja cuando se trata de apaciguar la reclusión familiar, sus tensiones que no siempre encubiertas, sus discursos y afectos difíciles o imposibles de explicitar, la necesidad de ocuparse de los niños a fin de que éstos ocupen a los adultos, la exigüidad de las casas y departamentos, la eclosión de síntomas individuales y de pareja... Confinar las familias implica concentrar, cultivar, acelerar sus síndromes. Mientras tanto, individuos sin domicilio fijo reciben multas por no respetar el confinamiento domiciliario del que carecen. “¡La

gente se vuelve cada día más loca!”, dicen algunos. En realidad, la coyuntura objetiva ayuda a explicitar la locura subjetiva que todo humano conlleva, como una preciosa joya íntima que incluso él desconocía poseer.

Todo, sin embargo, no se ha perdido. Numerosos comportamientos de carácter solidario, individuales y colectivos, se presentan a menudo. En Francia y otros países, cada día a las 20h, desde los balcones o las puertas de las casas, los vecinos aplauden la extraordinaria abnegación del personal sanitario – abundantemente violentados hace poco por las fuerzas llamadas del orden por manifestarse contra los recortes cada vez más implacables impuestos a los hospitales.

Por su parte, en una alocución reciente el presidente francés Macron afirma que la salud no es una mercancía como las otras. Excelente noticia en total contradicción con el credo neoliberal que conduce toda la acción del mismo Macron. Podría decirse lo mismo de la educación, por ejemplo. **De facto nada es una mercancía salvo que se deje atrapar en las redes del fetichismo neoliberal.** Es en este marco, y solamente aquí, que se sacralizan (en sentido lato) los costos y las ganancias, los protocolos erigidos en sinónimo de verdad intangible, los controles minuciosos aplicados a los subalternos y los descontroles masivos que se permiten los ejecutivos, los goces obscenos de los jefecitos, tan obsesivos cuanto improductivos. En fin, hasta hace poco no había nada de dinero, hoy día **gracias** (sic) al coronavirus, montañas incalculables de créditos surgen de tierra, en Francia y en muchos otros lugares del mundo – especialmente para los bancos y las empresas. De hecho, no había dinero únicamente para ciertos usos y para ciertos destinatarios. El coronavirus demuestra que la austeridad es realmente un cuento chino.

A día de hoy, la pandemia acarrea muchas menos muertes que en su momento el virus del Ébola, la gripe española o la rubeola. Su importancia no se dirime en cantidad sino en calidad, es marcadamente cualitativa. Se hallan claramente expuestas las fallas y dilaciones de los aparatos de Estado, incluso de los Estados de países ricos, técnicamente muy desarrollados: su incapacidad en la contención de la pandemia, la carencia de medidas y recursos, la ceguera previsional, las informaciones paradójicas y/o contradictorias y/o falsas, las patentes desigualdades de las condiciones de vida, que son más de una vez condiciones de supervivencia, la mundialización financiera y la pauperización creciente de vastos sectores de la población, pauperización económica tanto como desestabilización social y devastación psíquica, la imprudencia ecológica, la *democracia aproximativa* bajo la cual tratamos de vivir...

Muchísimas personas, incluso quienes rechazan las consignas, ligan esas condiciones sociales con la pandemia. Viven individualmente y colectivamente los múltiples desfases entre el mundo que le han vendido (y que muchos han comprado) y el mundo tal y como existe. Hete aquí la perspectiva explicativa por excelencia, el aporte (si cabe decirlo así) de esta enfermedad de masas. Allí residen las razones principales de lo que está pasando hoy en día y de lo que probablemente deberemos - ¿un poco? ¿Mucho? - interrogar cuando llegue el post-pandemia. Este no será el retorno a la normalidad porque dicha normalidad está mellada, estropeada, profundamente cuestionada.

No hay “guerra sanitaria”, puesto que los beligerantes no son para nada aquellos que aparecen designados como tales. El Covid-19 no representa la causa, menos aún la explicación de lo que está pasando. Se trata de un síntoma, de un terrible síntoma. Mueca respiratoria y testigo de las asfixias de los sistemas políticos contemporáneos. Por el contrario, lo que sí es cierto es que estamos en guerra. De ninguna manera santa sino radicalmente laica. Esta guerra admite un solo y único adjetivo: **guerra social**. Comprendemos entonces que nuestros dirigentes se inquieten tanto.

Dicho esto, se puede refutar este tipo de análisis. Otra vía es posible, que comporta una microscópica dosis de análisis y una ingente reserva de magia: implorar a los dioses a fin de que detengan la pandemia – por supuesto, si no les molesta excesivamente. Y si el FMI está de acuerdo.

**Saül Karsz - marzo 2020**